LA OBRA DE UN PRESIDENTE UNIVERSITARIO

Por el Dr. Luis GARRIDO

EL homenaje que hoy rendimos al señor Presidente, es un acto escueto de justicia. Sin mezclar en él ningún motivo de índole afectiva o sentimental, podemos declarar, de un modo rotundo, que durante su gestión ha recibido la enseñanza mexicana el mayor auge de su no interrumpida prosperidad. El señor Presidente en su laboriosa y brillante obra no se ha olvidado un momento, a pesar de los abrumadores deberes de su cargo, de que es un universitario y un intelectual. Ha dotado al pueblo que democráticamente lo eligió, de una evidente prosperidad material. A la par de ella ha estimulado, con entusiasmo y una constancia ejemplares, a los que no afecta nunca la fatiga o el olvido, una prosperidad material madurada en las mejores obras.

Concretamente, la Universidad desea rendir al señor Presidente Alemán el testimonio de su gratitud, que no tiene otra inspiración ni otra fuente que la más estricta justicia. Se limita a darle lo que es suyo.

El homenajeado no sólo ha puesto al servicio de la Universidad los medios necesarios para su alta y múltiple función, sino que la ha dotado de todo aquello que dé a nuestra Casa de Estudios y a las instituciones que dependen de ella, prestigio y honor. A él se debe, por ejemplo, que podamos impulsar en forma destacada el desarrollo de la física experimental en México, merced al acelerador de partículas de Van de Graaff, que adquirió para nuestro Instituto respectivo. El universitario Miguel Alemán ha rendido con ello a su Alma Mater el tributo de uno de sus mejores hijos.

El pabellón de México en la Ciudad Universitaria de París, contribuirá a aumentar el prestigio internacional que también obtenido tiene nuestra patria. Este prestigio es ya un hecho elocuente. A cuantos hemos salido de nuestro territorio, se nos ofreció, por todas partes, una muestra espontánea de lo bien ganado que está.

Es la lógica consecuencia de un largo y fecundo esfuerzo. Asimismo, constituye el hecho cierto de que es hijo de nuestras obras y no producto de la simpatía ajena. Agradecemos esas efusiones, que nos dan la satisfacción de que han fructificado las semillas lanzadas al surco. ¡Acepte el señor Presidente Alemán el homenaje que ha merecido por su noble afán de sembrador!

Las enseñanzas universitarias se han multiplicado; basta para probarlo una enumeración incompleta. Recordaremos la instauración del Doctorado en Derecho, creado bajo los auspicios del Doctor Alemán, el primero de sus titulados, no como merced inspirada por la gratitud, sino por su propio merecimiento. Está creada la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales. Igualmente la Escuela de Capacitación de Empleados de Prisiones. Los impulsos en pro de la educación física, la han dotado de medios excepcionales por su calidad. El empeño de multiplicar las enseñanzas especializadas, en el pasado inmediato, en el presente y en el futuro, ampara elevados proyectos pendientes de realización. Todo ello obedece a los más elevados pensamientos: el deseo de que encuentren su cauce el mayor número posible de vocaciones; la atención concedida a las especialidades para el auge del progreso científico; las manifestaciones, en suma, de una de las preocupaciones más arraigadas y más generosas de nuestro Presidente: me refiero a la formación de la juventud, garantía del futuro de la Patria, el más puro y desinteresado de los ideales.

La gran realización presidencial es la Ciudad Universitaria. En ella han de concentrarse todas las escuelas de enseñanza superior, las instituciones de experimentación, los institutos de altos estudios. En ella la enseñanza y la investigación tendrán su sede, en un medio hermoso y claro, el adecuado para que los hombres del futuro descubran a la vez que las verdades de la ciencia y la doble obra de la educación ética y corporal, la no menos grata verdad de que se les enseña en un ambiente propicio, lleno de luz física e intelectual. Sabido es que la inteligencia necesita de la higiene, y que la belleza presta a las ideas un singular poder de fijación, como delicado vehículo para todas las creaciones del espíritu. La Ciudad Universitaria deberá al entusiasmo y a la ayuda del Presidente Alemán no sólo su vida sino una noble vida, desarrollada bajo el triple signo de la libertad, de la tolerancia y de la idea.

Las universidades cumplen su tarea formando para una profesión y creando investigadores. Esa profesión y esa investigación son para la vida. La experiencia, la técnica, la ciencia, son otras tantas manifestaciones elevadas del ímpetu vital. Las ciencias puras y las ciencias aplicadas son para la vida también, para la vida del espíritu y para la vida de la comunidad. No hay vida social próspera si no la inspira un ideal, y el ideal nace en los espacios libres en que se busca afanosamente la verdad, no en aquellos otros, confinados, en que una doble preocupación de provecho y de lucro piensa sólo en las necesidades y placeres materiales. No hay que olvidar que la existencia es una riqueza, y que la anima sobre todo una fuerza del alma.

Todos sabemos que gobernar bajo el impulso constante y tenaz de mejorar un pueblo, es también una ciencia. Una ciencia superior y un ideal: el servicio del bien público; la visión lúcida de un futuro mejor; el hacer la vida fácil, luminosa y digna de ser vivida; el dotar al esfuerzo humano de un premio generoso. De este modo, con la acción de gobernar se favorece el logro de las mejores esperanzas.

Este excelso ideal fué perseguido por algunos gobernantes de México, sin conseguirlo plenamente, porque no es posible que se logre sino al cabo de diversas etapas; cada una de ellas conduce a la superación si responde a un esfuerzo perseverante y honesto; la meta decisiva alguien llega a alcanzarla, pero no sin poner en la empresa todo su aliento, sus más fecundas energías.

Por eso puede asegurarse sin la menor sombra de adulación —esa torpedad tan poco viril y tan extraña al carácter mexicano— que el hombre que ahora gobierna a México, y que en las aulas forjó sus más nobles aspiraciones, no ha defraudado las esperanzas de quienes de él exigían una intensa acción espiritual, de acuerdo con su honrosa extracción universitaria. El señor Presidente Alemán, con su ayuda entusiasta a la Universidad, con los innúmeros cuidados que supone una realización de las magnitudes de la Ciudad Universitaria, ha levantado en la conciencia de los mexicanos y en los hombres amantes del saber un monumento más duradero que las estatuas de bronce.

EDITORIAL

En el término de un año la Universidad Nacional se ha conmovido por dos acontecimientos de importancia singular para ella misma y para la cultura mexicana. El 21 de septiembre de 1951 dieron principio las magnas festividades del Cuarto Centenario, entre cuyos frutos habrá que enumerar una mayor conciencia de la unidad histórica de la Universidad, y el rango universitario que las Instituciones más significativas del orbe le reconocieron en un homenaje ecuménico a la inteligencia nacional sin precedentes en nuestra historia. El 20 de noviembre de 1952 fué el "Día de la Dedicación" de la Ciudad Universitaria, que, al reunir en un solo lugar los edificios ahora dispersos de Facultades, Escuelas e Institutos, crea el centro de cultura indispensable para resolver definitivamente el problema de la educación universitaria en el país. La voluntad vidente del Primer Mandatario y los cuidados del Patronato gestor de la obra, el trabajo febril de un grupo de técnicos coordinados por el Arq. Carlos Lazo y las atenciones del Consejo Consultivo de autoridades universitarias, hicieron posible, en dos años y medio, uno de los ideales más caros a la inteligencia mexicana. Faltan, es cierto, a la casa material el mobiliario y algunas unidades, pero el asiento espiritual de nuestra cultura ya está formado.

La Ciudad Universitaria no es el resultado de ninguna improvisación, ni técnica, ni humana, menos aún espiritual. La nación misma proporcionó los elementos materiales y los hombres que la edificaron. Los orígenes pueden encontrarse en la idea universitaria de Justo Sierra, en los debates de Ezequiel Chávez, en la intuición de Vasconcelos, en la doctrina de los dos Caso, en las peticiones formales de los Rectores Chico Goerne, García Téllez, Brito Foucher, Salvador Zubirán, y en el celo de Luis Garrido. La Ciudad Universitaria es ante todo una empresa de la nación, en la que estuvo comprometida con éxito la capacidad de la inteligencia y, en definitiva, de la cultura mexicana.

La Universidad que dedica la Ciudad Universitaria es la misma que hizo presente su unidad histórica de cuatrocientos años en las fiestas del Centenario. La nueva Casa será el albergue de una cultura de cuatro siglos. Quiere decir esto que el cambio material no implica necesariamente una transformación de raíz en la vida universitaria. Es indudable que, por el proceso natural de perfección, habrá cambios de métodos y sistemas educativos, de planes de estudios y de investigación. Pero ni la tradición puede ser olvidada, ya que resulta imposible negarse a sí mismo desconociendo el pasado propio; ni la Universidad actual, heredera como es sabido de las enseñanzas, todavía insuperadas, de Sierra, Vasconcelos y Caso, está al margen de la cultura moderna y de los problemas del hombre contemporáneo de México, si ha de creerse en la lección adquirida por los extranjeros y por nosotros mismos en la celebración del Centenario y en los actos dedicatorios.

Nuestra verdad o nuestra ciencia universitaria no son anticuadas e inoperantes. Las fallas, algunas graves, no se localizan en los principios, sino en los diversos elementos humanos. Pero el hombre rehuye ser hecho de la noche a la mañana, porque goza del singular privilegio de escapar al mismo tiempo de la previsión matemática y de la necesidad de la naturaleza. Una institución nacional, como un pueblo, debe contar con el pasado propio, y, si quiere existir con un perfil definido, debe estar sujeta a un proceso histórico que armonice su tradición con la experiencia universal.

El nuevo asiento habrá de proporcionar a maestros y alumnos, autoridades y empleados, las facilidades materiales para limpiar de impurezas a la Universidad. Resuelto de una vez por siempre el mal que ha padecido desde su fundación, la pobreza, el espíritu y la estirpe nuestra, cuatro veces secular, hablará sobre ciencia y letras, con una mayor fidelidad a su misión.

La dedicación de la Ciudad Universitaria representa el monumento que la cultura nuestra se ha construído a sí misma ante el júbilo de todos los mexicanos, de las instituciones más prestigiadas de América y de las mentes eximias del orbe.

LA NUEVA UNIVERSIDAD

Discurso del Rector GARRIDO
pronunciado en el acto de la Dedicación de la Ciudad Universitaria

LAS Instituciones educativas ávidas de futuro, han buscado un mayor espacio para sus actividades y una mejor coordinación de sus funciones. La Universidad Nacional Autónoma, iniciada la época vigorosa de la recuperación del país, comenzó a sentir la necesidad de organizar mejor su noble y orgánica función de cultura. Varios de sus rectores trabajaron con amplitud de miras, para lograr la construcción de la Ciudad Universitaria, pero el escollo económico se levantó frente a su generoso propósito. En este acto memorable expreso el reconocimiento de la Universidad a los señores licenciado Ignacio García Téllez, Rodulfo Brito Foucher y doctor Salvador Zubirán, por sus meritorios esfuerzos para que la Universidad disfrutara de una nueva morada. Especialmente a los dos últimos por la obtención de los actuales terrenos del Pedregal, y al doctor Zubirán por haber organizado una exposición de proyectos, y la Comisión Técnica Directora respectiva.

Pero la magna obra se inicia y termina en su fase fundamental, merced al apoyo vivificador del señor Presidente de la República, a quien manifiesto la íntima gratitud de los universitarios, por haberla llevado a cabo con una grandeza y concepción digna de la cultura mexicana.

Gobernante entusiasta y fervoroso de su pueblo, ha puesto su fe no sólo en las obras materiales para la economía del país, sino en la fuerte acción educadora a través de la obra lenta y silenciosa del maestro de escuela, y de la tarea formativa del ser humano, en el aspecto superior que incumbe a las universidades. Lo cual explica su sostenido empeño para crear esta bella y magnífica Ciudad, que al término de su mandato dedica a su Alma Mater para bien de la cultura y de la ciencia, para defensa de la libertad y la dignidad del hombre.

Y en este paisaje austero del Pedregal donde se asentó la pirámide de los viejos ritos indígenas, se yerguen hoy los modernísimos edificios, destinados a la enseñanza y a la investigación científica y humanística. Tal parece que la serpiente emplumada de Quetzalcóatl, trata de ligar los elementos arcaicos con las manifestaciones del arte contemporáneo.

Ya no asoman las lanzas de oro de los maizales, ni los cactus espinosos se tuestan bajo el sol. Las grietas del campo sacudido por fuerzas telúricas, se han transformado en prados besados por el agua de los surtidores, y, al fondo, los milenarios volcanes con sus crestas cubiertas de nieve, cierran un cuadro en que la síntesis creadora del arquitecto, el trabajo esforzado del ingeniero y la intuición del artista, han levantado un conjunto de edificios que recortan con la esbeltez y elegancia de sus líneas el añil del cielo, poniendo al hombre en relación íntima con la naturaleza.

Habrá desaparecido el ahogo de los actuales edificios urbanos, en que alumnos y maestros se desplazan premiosamente por falta de espacio, asediados por los ruidos callejeros. Viejas y queridas portadas virreinales, patios donde el agua de las gárgolas restallaba con sonoro golpeteo, aulas de antiguo esplendor, escaleras y muros barrocos, en breve no escucharán más el bullicio juvenil de los estudiantes. Podrá exclamarse ante ellos con el Apóstol: "Las cosas viejas pasaron y he aquí que todas son hechas nuevamente."

Ahora, en esta atmósfera exquisita de aire puro y transparente, en esta paz del campo que invita a la serenidad y al estudio; frente a las montañas que nos dan lección de firmeza, maestros y alumnos pasarán horas y horas tejiendo la urdimbre de la cultura, mirando de tarde en tarde, entre las resquebrajaduras pardas y negruzcas, el árbol del colorín que conjuga sus ramas cenicientas ante las vidriadas fachadas y las rocas con figuras de rodales verdosos o rojizos que fortalecen la perspectiva del soberbio panorama.

Aquí habremos de realizar una vida auténticamente universitaria, formando una verdadera comunidad de profesores y estudiantes. Se terminará el actual aislamiento de escuelas, facultades y centros de investigación. Reunidos en este bello lugar, bajo la influencia de los mejores bienes del espíritu, unidos por el culto de idénticos y elevados ideales, nos sentiremos servidores de la misma causa. Una nueva existencia desarrollará aquí la Universidad, que será garantía de una enseñanza eficaz.

La solidaridad universitaria no brotará ya de una matrícula o una cátedra. Será el fruto de la convivencia de todos los miembros de

(Pasa a la pág.12)

MENSAJE DEL PRESIDENTE A LOS UNIVERSITARIOS

Hoy, veinte de noviembre de mil novecientos cincuenta y dos —cuadragésimo segundo aniversario de la Revolución Mexicana— entrego a los universitarios de México la insignia de la Patria.

Esta bandera simboliza el esfuerzo de libertad de nuestro pueblo, que comenzó en mil ochocientos diez y al que desde entonces estamos consagrados todos los mexicanos. Bajo sus pliegues deponemos todas las diferencias que parecieran dividirnos. Ante ella, que también simboliza la Ley, reconocemos la igualdad ciudadana y la igualdad humana.

Defendiéndola murieron nuestros más caros héroes: ella es símbolo de sacrificio y emblema de honor.

También es heroísmo vivir para la Patria, exaltando su decoro y manteniendo su integridad en la paz como en la guerra.

Para el universitario esta bandera debe ser estímulo constante de superación de la cultura hacia la sabiduría, en servicio permanente de la Patria.

Seamos todos dignos de ella aun con sacrificio de nuestras vidas.

Miguel ALEMAN